

JUANA DE ARCO, MÉDIUM

12 – 03 – 1.995

El maestro espírita León Denis dedicó mucho de su esfuerzo en el estudio de la vida y la obra de Juana de Arco, que se plasmó en múltiples conferencias, artículos hasta culminar en los importantes libros: “La verdad sobre Juana de Arco” y su reedición “Juana de Arco, médium”, en los cuales presenta su tesis sobre la misión de la heroína.

Perseguida al inicio, la Iglesia Católica la convirtió en santa y creó un personaje irreal que oía la voz de su conciencia y la de los santos la guiaban. De allí que fue beatificada en 1.909 y canonizada en 1.920.

Desde 1.919, los republicanos librepensadores cooperaron en instituir en su honor una fecha nacional anual, cuando se celebra el patriotismo, el segundo domingo de mayo.

Los historiadores, por su parte la exaltaban como una heroína genial en el siglo XIX, mientras que en el siglo XX se la criticó a veces violentamente y hasta se dijo que nunca había existido y se trataba de un mito. Talentos como Anatole France menoscabó su dimensión histórica, y los manuales de historia en los colegios franceses suprimieron todos los elementos espiritualistas conectados con ella.

Por su parte los materialistas la consideraban una pobre mujer histérica. Desaprobaban la tesis de Leon Denis que afirmaba que Juana era médium de espíritus que la guiaban en su misión; y que su misterio había que buscarlo en el estudio y la práctica profunda de las ciencias psíquicas, de la naturaleza, y la intervención de fuerzas que actuaban en ella y a su alrededor.

Denis encontró en la historia de Juana una mina inagotable de enseñanza. Se identificó con ella recorriendo los lugares que fueran escenario de la marcha de Juana de Arco, tierras donde él mismo había nacido.

En esta región ubicada en el noreste de Francia, fronteriza con Alemania, existe una zona de meseta, de inviernos fríos y veranos tórridos, y otra, llamada la “sonrisa de la Lorena”, que constituye una región de campos, bosques y viñedos, cuyas grandes bóvedas boscosas son los vestigios de las antiguas selvas de la Galia.

Denis quiso seguir a través de Francia la huella de Juana volviendo a hacer su viaje, etapa por etapa. Visitó entonces, la viña de su padre, la humilde casita donde vivió, su habitación con un estrecho tragaluz, el rústico armario donde guardaba su ropa y el sitio donde escuchaba en éxtasis las voces que la guiaban; la iglesia que frecuentaba, la colina donde le gustaba soñar, los prados con flores que riegan los meandros del Mosa, en el valle de ese río.

La ciudad donde nació era un villorio de los Vosgos, llamado Domremy, hoy conocida como La Pucelle, que significa “la doncella”, donde habitaban muy pocas personas.

Al pie de las riberas que bordean el río Mosa se agrupan unas cuantas cabañas en torno de una modesta iglesia. Río abajo y arriba se extienden verdes prados. En las pendientes se suceden cultivos y viñas hasta la espesa selva que, como una muralla, se yergue en el frente de las colinas.

Así era Domremy, villa ignorada que dejó de serlo, cuando se convirtió en célebre, la criatura que nació supuestamente el 6 de enero de 1.412.

Juana estaba lejos de ser de alta alcurnia. Hija de pobres labradores, Jaime D'Arc e Isabel Romée, hilaba lana al lado de su madre, cuidaba de su rebaño en los prados del Mosa, o acompañaba a su padre en el arado.

No sabía leer ni escribir e ignoraba todo en cuanto a la guerra. Era dulce, sumisa, amada por todos, en especial por los pobres y necesitados a quienes siempre socorría y consolaba. Cuidaba enfermos y a veces, los albergaba en su casa. Era soñadora, le gustaba la contemplación del cielo y le encantaba la armonía de la naturaleza.

Tenía especial predilección en oír el sonido que anunciaba el regreso a casa, se sumía en éxtasis en larga oración en la que ponía el alma. Se cuenta que pedía al campanero que los prolongara. Nunca descuidaba sus labores y más tarde diría "Viva el trabajo".

Decía que el trabajo es el mejor amigo del hombre, su apoyo y consejero en la vida, su consolador en la prueba, y que si se prescinde de él no hay felicidad verdadera.

Su familia adoptaría esta divisa y la haría inscribir en su blasón cuando el rey le otorgara la nobleza.

Hasta en los pormenores más sencillos de su vida manifiesta su enorme sentido del deber, juicio certero y clara visión de las cosas, que la hacían diferencias de todos los demás.

Desde niña la envolvió una influencia desconocida, voces que le hablaban, que la inspiraban y aconsejaban, y que siendo una joven de 17 años la impelieron a afrontar el campo de batalla para auxiliar a Francia.

La situación de su país en el siglo XV, en momentos en que Juana de Arco va a surgir en la escena de la historia, es complicada: la guerra contra Inglaterra duró cerca de 100 años, después de cuatro derrotas sucesivas la nobleza francesa quedó aplastada. Los capos se veían cubiertos de cadáveres, la caballería francesa estaba dividida, existían facciones rivales y querellas intestinas. El duque de Orleans fue asesinado por el conde de Borgoña y éste, a su vez, por el duque de Armagnac. Como consecuencia las tropas inglesas avanzaban cada vez más, hasta que Ruan se rindió y París cayó bajo la autoridad inglesa. Orleans resistía aún, pero muy débilmente.

Francia era ya un desierto, sin cultivos, con aldeas abandonadas, ruinas, incendios, desolación y muerte. Sobrevivientes desesperados buscaba asilo donde pudieran robar para no morir, y se escondían en los bosques para asaltar las ciudades.

Carlos VI, el rey loco, firmó un tratado desheredando a su hijo y nombrando a Enrique de Inglaterra como sucesor de su corona, quien al convertirse en rey de Inglaterra y Francia llenó al pueblo de vergüenza y dolor. Por su parte el delfín Carlos, carente de valor y recursos, y hasta dudoso de la legitimidad de su nacimiento en la familia paterna, queda en manos de sus consejeros y pacta con el enemigo, con la idea de retirarse a Escocia.

Se hablaba por entonces de la profecía de Merlin que anunciaba que una virgen liberaría a Francia, y una visionaria, María de Avignon se acercó al rey diciendo que había tenido la visión de una armadura que el cielo destinaba a una muchacha que salvaría el reino de Francia.

En medio de la desolación y tristeza, aparecía Juana de Arco, quien tenía 17 años y dejaba todo para ir en defensa de su tierra. Educada en la religión católica, interpretaba las voces y apariciones como vinculadas a santos y ángeles.

Un día invernal se levantó al alba, preparó sus pocas pertenencias y formó un bulto pequeño. Se despidió en silencio y llorando de sus padres que aún dormían, pensando en le vacío y el dolor que dejaba, pero sintiendo que su deber se imponía.

Recordaba que su padre había tenido un sueño en el que ella abandonaba su tierra y familia, partiendo con hombres de armas, que lo preocupó y lo motivó a solicitar a sus hijos varones que antes de que eso sucediera “la ahogaran en el Mosa”.

Partió rumbo a Burey donde se residenciaba su tío Durand Laxart, con quien se reunió y se convirtió en el único de la familia que creyó en su vocación y la alentó en sus proyectos. La acompañó a Vaucouleurs para presentarse frente al comandante Robert de Baudricourt, a quien le confió su propósito de entrevistarse con Carlos VII. La primera acogida fue brutal y desconsiderada, pero insistió y por fin le prestó atención.

El comandante la hizo exorcizar por el párroco para estar seguro que en ella no había nada malo, y luego ordenó que le dieran un caballo y una escolta diciéndole: “Ve, y que pase lo que tenga que pasar”.

Viajó día y noche durante 11 días, a través de tierras ocupadas por el enemigo, hasta que llegó a Chinon, donde residía el delfín Carlos. Ésta era una ciudad de calles empinadas, casa góticas con frentes de pizarra adornadas con estatuillas de madera, donde Carlos se olvidaba de sus pesares dedicándose a los placeres en medio de cortesanos que por fin lo traicionarían.

Inmediatamente después de su arribo, en las calles y en las casas comenzó a circular de boca en boca que había llegado la muchacha para cumplir la profecía y poner término a la buena suerte del invasor.

Juana y su escolta se hospedaron en una casa cercana al castillo de Chinón, donde estuvieron dos días sin obtener audiencia. Más tarde, cuando se le acordó, se alojó en el castillo mismo, en la torre de Condray.

Fue introducida en el inmenso salón donde Carlos VII estaba con 300 caballeros y damas, lujosamente vestidos, nobles, clérigos y militares. El rey, desconfiado, previamente hizo sentar a uno de ellos en el trono, mientras él se confundía entre la muchedumbre. Sin embargo, Juana se dirigió directamente hacia él y le habló de pensamientos secretos que el rey había tenido, de sus vacilaciones ocultas y de sus dudas acerca de su propio pensamiento. Revelaciones que ella había recibido en el campo.

La expresión del rey cambió y todos comprendieron que algo extraordinario había sucedido.

Juana fue enviada a Poyers para enfrentar a un tribunal de teólogos, a quienes sorprende con sus respuestas, incomprensibles en una joven de su procedencia. Luego fue examinada por comadronas y las conclusiones finales fueron: “En ella no encontramos nada malo sino bueno, a saber: humildad y doncellez, devoción, honestidad y simpleza”.

Se vio obligada a esperar todavía durante un mes. La situación de Orleáns era desesperada y la enviaron, como último recurso, a la cabeza de un convoy de víveres, pero primero se dirigió a Tours para que le preparasen una armadura y un estandarte. Juana iba acompañada de sus hermanos Jean y Pierre.

La ciudad estaba muy agitada porque se esperaba la llegada de los ingleses. Para la época era una ciudad muy importante y la llamaban la Segunda Roma, debido a las numerosas iglesias y monumentos, y en especial, porque era un lugar de peregrinaje cristiano.

Juana recibió su equipo militar: armadura blanca, la bandera que le serviría de estandarte y señal para reunir las tropas, la espada que había pertenecido a Charles Martel, héroe del siglo VII, que había permanecido escondida detrás del altar de Santa Catalina de Fierbois, hasta que Juana le indicó a un armero que la buscara.

La joven se reunió en Blois con los jefes militares y el ejército dirigiéndose luego hacia Orléans.

Las dificultades eran muchas. Escaseaban los víveres, la organización era pésima y los soldados estaban desmoralizados por tantas derrotas. Era insólito que los capitanes de Carlos VII marcharan a las órdenes de una joven de 18 años.

Un primer ataque es rechazado y entonces Juana se lanzó a caballo, hizo ondear su bandera y arrastró con ímpetu a los combatientes. Quebró las líneas de los ingleses y logró que en 3 días, Orléans quedase sin cerco. Los mismos ingleses están estupefactos. Se suceden los combates y por último, se tomó prisionero al capitán inglés Talbot..

Esta parte de la vida de Juana abunda en fenómenos de premonición. Sus voces le habían dicho que cuando entraran a Orléans, los ingleses no se moverían, hecho que se verificó. Juana no mostraba ninguna inquietud frente a los inconvenientes.

El entusiasmo de Orléans se extendió a Francia entera, y continúan las victorias. Cumplida la misión en Orléans, se organizó la marcha hacia Reims.

El príncipe indolente y débil vacilaba ante la proposición de Juana de que asistiera a la consagración de Carlos VII; mientras los soldados ingleses estaban aterrorizados por la fama que Juana había adquirido y creían ver en el cielo ejércitos fantasmas.

Finalmente, consiguió que cada ciudad le abriera las puertas a Carlos VII, a pesar de las intrigas que lo rodeaban; llegaron a Reims y recibió la unción de manos del arzobispo de Reims, la corona y el manto real, azul y bordado en oro con flores de lis.

Juana decía emocionada, que sentía a todos los espíritus de la Galia, festejando el resurgimiento del país natal, y al salir de la catedral, cabalgó al lado del rey. Su padre, que había llegado 2 días antes acompañado por el tío Durand, se reencontró con su Juana y sus hermanos Jean y Pierre. Esto sucedía el 17 de julio de 1429 y señala la fase culminante de su labor libertadora.

Desde Reims se dirigió a París, que ya había recibido un ejército inglés de socorro. Aún así, los soldados ingleses hablaban de Juana como la "hechicera de Francia", y hubieran triunfado si el Rey no hubiera vacilado prefiriendo negociar. De esta forma, se perdieron 6 semanas y al llegar a París no se tomaron las medidas apropiadas. El rey se negó a presentarse en público.

Juana se mostró heroica, como siempre. Fue herida en un muslo y después de varias horas, fue retirada del campo de batalla, contra su voluntad; mientras el Rey ordenaba la retirada del ejército francés.

Durante los siguientes 8 meses, comenzaron los mil obstáculos puestos por el rey, inspirado por sus consejeros. Juana fue llamada a la corte, pero desobedeciendo las órdenes, se lanzó al combate. Fue apresada por el conde de Luxembourg y encerrada en el torreón de Beaurevoir, de su propiedad.

El rey de Inglaterra ofreció 10.000 libras de oro, que constituía una fortuna, por la captura y entrega de la joven guerrera, tentación en la que cayó el conde quien la vendió por la recompensa.

Los ingleses no tenían recursos, pero los obtuvieron con impuestos que pagaron los habitantes de Normandía, invadida por ellos; de tal manera que la captura de Juana fue pagada con dinero francés.

Fue encarcelada sucesivamente en varios torreones, hasta que finalmente la trasladan a los confines de Normandía, encerrada en la torre Le Crotoy, desde donde veía el mar a través de los barrotes, y que constituyó su único consuelo durante 3 semanas.

La trasladaron luego a Ruan y la introdujeron semidesnuda en una jaula con cadenas alrededor del cuello, cintura, manos y pies, donde permaneció hambrienta y rodeada de inmundicias, durante 6 meses, abrumada por el maltrato y los golpes.

Los soldados intentaron violarla sin lograrlo, y se dice que llevado por la superstición, el mismo conde de Stafford intentó ultrajarla. Comenzó entonces, a circular la versión de que su virginidad y la imposibilidad de perderla, se debían a un hechizo, que al quedar anulado, desaparecería su fortaleza y ya no habría que temerle. Los historiadores no explican porque no lo conseguían, pero tal vez, sería por el terror que le tenían.

Por otra parte, la opinión acreditada de la época era que una virgen no podía ser culpada de brujería. Juana se sentía sostenida por sus voces del mundo espiritual.

Se llegó así al Proceso. Sus acusadores eran 71 clérigos, sacerdotes y doctores. Ella tenía 19 años, carecía de defensor y el rey la había abandonado a su suerte.

Reapareció el temible tribunal del Santo Oficio. El obispo de Beauvais se presentó reclamándola como perteneciente a su jurisdicción. Este hombre que había sido expulsado por su pueblo debido a su adhesión con los ingleses, instruyó y dirigió el proceso de herejía. Se consultaron otros obispos, y algunos se decidieron por la condena, alegando que Juana era de muy baja condición para ser inspirada por Dios.

En el tribunal se sentaron hombres de alta jerarquía eclesiástica, profesores de teología, doctores y rectores partidarios de los ingleses y enemigos de Juana, además de recibir pago de los ingleses. La única voz que se levantó fue la del arzobispo de Embrun, quien había sido consejero del delfín Jacques Gèlu, pero no consiguió nada para salvarla.

Estaba condenada de antemano, pero para ellos también era necesario que se retractara, renegando de su palabra y su misión, con el fin de que muriera deshonrada. Utilizaron diferentes medios de tortura, aunque cuidando que no muriera oscuramente. Diariamente le describían como moriría en la hoguera, se sucedían los interrogatorios, y el propio obispo penetraba en el calabozo preguntándole si se sometía a la Iglesia, a lo que Juana siempre contestaba que "sólo se sometía a Dios, y en cuanto a sus voces, no aceptaba el juicio de ningún hombre".

Se dijo que intentaron envenenarla, pero sobrevivió porque la socorrieron para evitar que muriese antes de llegar a la hoguera. Por fin le presentaron un documento que ella no sabía leer, pero que la obligaron a suscribir bajo engaño, supuestamente, con una cruz, y convenciéndola de que con su firma se entregaba a lo que Dios quisiera.

Luego de la supuesta abjuración, la atormentaron violentamente; hasta que llegó el 30 de mayo de 1.431, a las 8 de la mañana, y las campanas redoblaron a muerte.

La condujeron en una carreta escoltada por 800 soldados ingleses, mientras la gente se apretujaba consternada en la calle; hasta llegar a la plaza Vieux-Marché, donde se levantaba el cadalso, con un inmenso montón de leña.

El acto era presidido por el Cardenal de Winchester en su trono que vestía la púrpura romana, acompañado por obispos, jueces y capitanes ingleses.

Se leyó el acta de acusación donde se habían acumulado todos los cargos que el odio pudo imaginar. Juana se arrodilló y oró en voz alta, larga y fervorosamente, perdonando a todos y reuniendo en su corazón a ambos pueblos. Todos los presentes pudieron apreciar que entraba en un éxtasis que anticipaba su entrada en el mundo espiritual y nadie pudo contener las lágrimas.

El cardenal hizo una seña y sujetaron a la joven al poste con una argolla en el cuello. Se encendió el fuego, y cuando las llamas comenzaron a subir, el obispo de Beauvais se acercó al pie de la hoguera y le gritó exigiéndole que abjurara de sus afirmaciones, a lo que Juana respondió reafirmando.

En cuanto murió apagaron el fuego y dejaron expuesto el cuerpo durante 8 días. Más tarde lo encendieron nuevamente, hasta que el cadáver quedó destruido y las cenizas fueron arrojadas al río Sena.

En una comunicación espiritual, después de varios siglos, León Denis le preguntó si había sufrido mucho durante esa muerte espantosa. Ella aseguró que no había sentido dolor alguno porque llovían sobre ella poderosos fluidos y su voluntad era tan poderosa que dominaba el sufrimiento.

Por la noticia de su muerte, su padre murió súbitamente por una afección cardíaca, y al poco tiempo falleció su hermano mayor.

Su madre se propuso insistir en que se revisara el proceso por herejía, para lo cual efectuó mil diligencias y peticiones al rey y al Papa, durante muchos años.

En 1.455, gracias al apoyo del pueblo francés, la corte se vio forzada y aconsejó al rey que por el interés de la corona de Francia, muy desprestigiada por la muerte de la joven, comenzara la rehabilitación.

Como todos los documentos habían sido destituidos o falsificados, se proporcionaron testimonios que cuidaban no lastimar susceptibilidades, y que concluían que había vacilado y por fin, aceptado la autoridad papal y de la iglesia.

A comienzos del siglo XIX, sólo quedaba de Juana una borrosa imagen, una leyenda incompleta. Surgieron investigadores que escrutaron pergaminos y bibliotecas, y se escribieron muchas obras históricas.

En 1.884, el gabinete político propuso un feriado nacional en su honor, recordándola como responsable de la unificación de Francia, que sólo se aprobó en 1.920, declarándose fiesta nacional, el segundo domingo de mayo.

El movimiento católico a favor de Juana siguió una marcha regular y continua.

El 8 de mayo de 1.869, el obispo de Orleáns envió al Papa una petición de canonización de la joven francesa. Por fin, Pío X la celebró con gran pompa el 16 de mayo de 1.920 en la basílica de San Pedro, Roma.

Esto originó una campaña en su contra, denigrándola y calificándola de enfermiza, histérica, ignorante, mística y alucinada.

Esta es la historia, que escrita por hombres puede tener inexactitudes y errores de interpretación.

León Denis se sintió en comunicación espiritual constante con su amada Juana de Arco. De ella recibió orientación e inspiración, hasta que finalmente, analizó la misión que la joven cumplió durante su experiencia de vida, desde su doble óptica:

1. Ayudar a su tierra de la Galia y llevarla a la unidad. Aunque no lograra su total liberación, ésta resultaría del prodigioso impulso que ella comunicó.
2. Traer la revelación del mundo espiritual invisible.

Desde el primer punto de vista analiza lo siguiente:

Hasta su llegada, la noción de solidaridad y de patria francesa no existía. Las ciudades se envidiaban mutuamente, las provincias luchaban entre sí. No existía solidaridad que uniera a las diferentes regiones del país. Los grandes feudos se repartían la tierra y cada señor feudal trataba de liberarse de toda autoridad.

Algunos estados como Borgoña y Flandes eran aliados de los ingleses, mientras otros, como Bretaña y Saboya eran neutrales y otros estaban invadidos por el enemigo.

Juana fue la primera que evocó la imagen de patria común. Esa palabra no se usaba entonces, pero ella tuvo el sentimiento.

Denis reflexionaba que convenía definir y precisar exactamente esa idea de patria, y sacaba algunas conclusiones:

El concepto abstracto constituye la idea de una persona moral que representa la adquisición de siglos, el genio o alma de un pueblo en la totalidad de sus facetas y manifestaciones: literatura, arte, tradiciones, la suma de sus esfuerzos en el tiempo y el espacio, sus glorias y reveses, sus grandes recuerdos. En resumen, es toda la obra de paciencia, sufrimiento y belleza que al nacer heredamos y en la cual vibra y palpita aún el alma de las generaciones que pasaron.

El concepto concreto es la expresión geográfica, el territorio con sus fronteras establecidas.

Para que sea bella y completa, la idea de patria deberá abarcar ambas formas y fundirlas en una síntesis superior.

Dentro de la inmensa obra de desarrollo y evolución de las razas humanas, cada nación da su nota en el concierto general. Cada pueblo representa una de las fases del genio universal y está destinado a manifestar y embellecer este genio mediante su penoso trabajo a través de las edades.

Todas las formas de la obra humana, la totalidad de los elementos de acción resultan necesarios para la evolución del planeta.

No hay pueblos elegidos o territorios privilegiados, mejores o peores. La idea de patria despierta elementos de emulación y competencia que estimula y eleva.

La agrupación de todas estas formas generará en el futuro la síntesis ideal que constituirá el genio planetario.

En la hora actual de la evolución las competencias y luchas que la idea de patria provoca en los hombres, son consecuencia del nivel evolutivo alcanzado. Los destinos de los pueblos, así como su papel en la armonía del conjunto son diferentes, pero no contrarios.

Las adversidades en los pueblos, así como en los hombres, son el resultado de la ley de causalidad. Esas adversidades templan, crean unión, dan estímulo para sobreponerse y fortalecen los caracteres.

Por eso en los mundos poco evolucionados, que son morada y escuela de almas nuevas en la lucha evolucionista, esa adversidad constituye una ley general de la naturaleza y de las sociedades, puesto que en el batallar adquiere el ser las energías necesarias, más aún, indispensables, para describir, más tarde, su inmensa trayectoria a través del tiempo y del espacio. Demasiado bienestar reblandece al espíritu que no está alerta y conciente de su misión. Para no retrasarse en el camino hacen falta las necesidades que aguijonean, los peligros que suscitan el esfuerzo.

Ideal céltico

En su momento histórico, Juana llevaba impreso en su espíritu, el ideal de sus orígenes, que constituía el ideal céltico.

En sus sesiones de estudio, León Denis conoció acerca de las vidas anteriores de Juana. Sus primeras vidas terrenales concientes se sucedieron en la época céltica en el país de Armor o Arvor (nombre céltico de Bretaña). Allí su personalidad se impregnó de ese genio particular, hecho de ideal, valentía y soñadora poesía, que vuelve a aparecer en el siglo XV.

Ya en su niñez, en Domremy, le gustaba frecuentar los lugares donde se habían realizado los ritos druídicos.

Ella misma, ya desencarnada se comunicó en París en 1.818, y refirió que en la vieja Armorica (Armoric = país del mar) transcurrieron esas experiencias existenciales en las que fue, poco a poco, orientándose hacia el estudio de las leyes del espíritu. Hace 20 siglos los druidas afirmaban:

- La unidad de Dios
- La infinitud de la vida espiritual
- Las existencias múltiples y progresivas del alma
- La pluralidad de los mundos habitados

Los druidas fueron expulsados por los romanos y dio sitio a los sacerdotes cristianos. Luego cayó la oscuridad sobre el pensamiento durante 10 siglos en la Edad Media.

En Juana se podían encontrar las huellas de sus vidas célticas y también de las más recientes de sus existencias como patricia y gran señora, prendada de los trajes fastuosos y las bellas armaduras. Lo que sobre todo persiste en ella de sus primeras vidas es esa forma particular y bien pronunciada del misticismo de los druidas, vale decir, la intuición directa de las cosas del alma que reclama una revelación personal y no acepta la fe impuesta, así como perduran también, sus facultades de vidente, propias de la casta céltica.

Por el uso metódico de esas facultades puede explicarse el hondo conocimiento que poseían los druidas, respecto al mundo invisible y sus leyes.

Este mismo espíritu druida caracterizó a Allan Kardec desde que como León Hippolite Denizard Rivail comenzó la trayectoria hasta que adoptó el nombre druida que había tenido en aquellos tiempos, y preparada por sus existencias anteriores cumplió la importante misión que se esperaba de él.

Los espíritus protectores de la Galia y el pueblo celta, se sirvieron de Juana, por todas sus cualidades, para dar impulso a su pueblo. Ella era el espíritu que reunía las condiciones de hallarse ligado a las indestructibles raíces de sus orígenes y de toda su historia, que respondía a la consigna: "No somos latinos, somos celtas".

Se ha preguntado: ¿Porqué una mujer, casi una niña?

Los espíritus respondieron: “Con el objeto de que, comparando la debilidad del instrumento con la grandeza e importancia del resultado, no se puede dudar en el acto de una voluntad superior”.

Se ha preguntado: ¿Porqué tantas vicisitudes, tantos impedimentos?

Han respondido: “Ante todo hay que comprender que el hombre es libre y responsable, y no existe responsabilidad sin libertad. Pudo haber sido elegida y no estar dispuesta a cumplir. El género humano sufre las consecuencias de sus actos a los largo de los tiempos. Pero una libertad sin sabiduría, razón ni luz, puede conducirla al abismo. Por eso es necesaria en cierta medida, la intervención de una guía que inspire y proteja, sin aniquilar la libertad de iniciativa, el propio esfuerzo y la obra de progreso. De ahí, los obstáculos a la intervención superior.

La guía no se impondrá, al contrario ofrecerá. No ordenará sino inspirará, y el individuo, la colectividad, el género humano quedará libre en sus determinaciones. El poder del mundo superior obra en el mundo, en la medida que éste lo acepta.

Aún cuando este sentimiento céltico era tan fuerte, demostró un amplio sentido universal y caritativo.

Idea universal de humanidad

En la lucha empuñaba su bandera para no servirse de su espada y decía que nunca había matado a nadie. Antes de atacar ofrece siempre la paz. Lloraba incluso, por los ingleses caídos y prefería que sólo se retiraran. Defendía a los prisioneros y caídos, cosa no acostumbrada en esa época, cuando se pasaba a cuchillo a los vencidos. Conforta a los desventurados, pasada la hora de la lucha es la mujer tierna, dulce y caritativa.

Supo establecer una justa medida en todas las cosas. El amor a su tierra superaba a los otros, pero tal sentimiento no es exclusivo, y su piedad y su conmiseración despiertan a la vista de todo padecer humano.

Supo comprender que las derrotas sufridas no deben hacernos injustos, ni impedirnos reconocer las cualidades y bravuras de los otros pueblos. Supo honrar el mérito hasta del adversario y no odio al extranjero.

Cuando se armó fue en nombre de la ley de amor y no el de la lucha. No para atacar sino para defender.

Cuando la hirieron tuvo miedo y lloró, pero su fuerza espiritual se sobrepuso y pronto se sintió confortada.

Idea de religión

Profesó las creencias de la época con sinceridad. Decía: “Soy buena cristiana y moriré siendo buena cristiana”.

En todas las épocas de la historia la idea religiosa ha penetrado la vida intelectual y moral el ser humano.

Sus manifestaciones y enseñanzas pueden discutirse, ya que los hombres se equivocan en sus conceptos, pero se apoyan en realidades invisibles de índole permanente e inmutable.

Juana tenía una profunda fe en Dios y una ilimitada confianza en sus guías invisibles que identificaba con los santos que le habían enseñado a venerar.

Observaba con fidelidad las prácticas y ritos religiosos de su época, como un modo de expresión, pero al confesar su fe se levanta por encima de toda autoridad establecida en este mundo.

Se inspira directamente de lo Alto y sólo depende de su conciencia. No obedece a jerarquías eclesiásticas sino a las voces que oye. Poco importan a los poderes superiores las formas de culto y el aparato religioso que se emplee. Lo que se pide a los hombres es elevación del alma, pureza de sentimientos.

Su sentimiento religioso no degeneró en santurronería, ni en prejuicios

Le gustaba orar en la iglesia, en la soledad y el silencio, pero también y con más frecuencia, en contacto con la naturaleza.

Cuando oía sus voces no consultó a curas u obispos, y las interpretó como las que comunicaban la voluntad de Dios. A cada instante demostraba su independencia religiosa.

El proceso de rehabilitación de Juana acarreó el inicio de la caída de la Inquisición en Francia, hasta que luego de un procedimiento prolongado, fue suprimida definitivamente en 1.560, mediante el Edicto de Romoratin

Revelación del mundo espiritual

Los fenómenos de visión, audición y premonición que aparecen en toda la corta vida de Juana de Arco, han dado pie a las más diversas interpretaciones.

Algunos historiadores sólo vieron en ellos, la alucinación; otros llegaron a hablar de histeria o neurosis; otros los vincularon con hechos milagrosos o sobrenaturales.

León Denis escribió su libro con el objeto esencial de analizar esos fenómenos, demostrando su realidad y su relación con leyes por largo tiempo ignoradas. Pero que día a día se han ido revelando de un modo cada vez más claro y preciso.

A medida que aumenta el conocimiento del universo y del ser, va retrocediendo y desvaneciéndose la noción de lo sobrenatural.

Llegamos a comprender que la naturaleza es una, pero que en su inmensidad contiene dominios y formas de vida que por mucho tiempo escaparon a nuestros sentidos.

El conocimiento del cuerpo fluidico, que es el verdadero asiento de las facultades, de la conciencia, de aquello que en todas las épocas se ha llamado alma o de otra forma equivalente, no se podría comprender exactamente, en tiempos de Juana.

El concepto de periespíritu, que permite la comunicación entre los espíritus sin la mediación de los sentidos físicos, hace que se comprenda que el pensamiento del hombre se eleva por encima del mundo físico, sumiéndose en vastas regiones del mundo psíquico.

La mediumnidad existió siempre, dado que en todo tiempo, el hombre ha sido espíritu y éste siempre ha abierto una brecha hacia el mundo que para los sentidos físicos es inabordable.

Esta fenomenología estaba presente en Juana. Gracias a sus facultades psíquicas profundas y extraordinarias pudo adquirir ascendiente en el ejército, en el pueblo y en el rey. La tenían por un ser dotado de poderes sobrenaturales.

La tomaron primero como a otra mujer como las que acostumbraban seguir a las tropas, pero su lenguaje inspirado, sus austeras costumbres, su sobriedad y los prodigios que se realizaban en torno a ella, cambiaron ese concepto en los soldados.

Se cumplían sus predicciones y esto les dio confianza y casi llegaron a divinizarla. La admiraron y le fueron fieles.

Su facultad mediúmnica le permitía oír sus voces en el campo de batalla, en el silencio de los bosques, en el calabozo y aún delante de sus jueces. A veces, iban acompañadas de visiones. En cuanto a las premoniciones, se han recopilado textos, testimonios, incluso bajo juramento en el proceso de rehabilitación, donde se comprueba que se cumplieron.

El señor Quicherat, director de la Ecole des Chartes, quien no era místico ni iluminado, sino una persona fría y seria, eminente crítico de historia, se entregó a una investigación a fondo, enteramente erudita de la vida de Juana de Arco; llegando a la conclusión de que no se podía dejar de admitir sus visiones y premoniciones.

Se ha preguntado si ella ha podido engañarse y ser alucinada. La respuesta fue que su buen sentido, lucidez, su seguro juicio y los chispazos geniales que frecuentemente la iluminaban, no permite creerlo. Era fuerte, sana e imponía respeto. Su memoria firme, sus repuestas claras, el dominio de sí misma mostraban la evolución de un espíritu.

A pesar de ser iletrada y con la educación de su época para una mujer, emprendió una obra superior a sus conocimientos. Aparentes.

Su habilidad militar no aprendida, su rapidez de respuesta en los interrogatorios jurídicos y teológicos, sólo pueden ser explicados, por adquisiciones anteriores palingenésicas.

Esa alma venía de un nivel superior; luego, fue impulsada por las inspiraciones de sus guías que encontraban receptáculo adecuado en las riquezas acumuladas en sus vidas anteriores, que ella misma ha revelado.

Esas personalidades invisibles eran identificadas como ángeles, santos o arcángeles. En cuanto a esta identificación se debe comprender la psicología de los videntes y sensitivos, y comprender su necesidad de atribuir a esas manifestaciones las formas, nombres y apariencias que le sugieren la educación recibida, como la influencia del medio y de la época en que viven. Para traducir sus percepciones psíquicas se valía de los términos, expresiones e imágenes que le eran familiares; tal es lo que han hecho los médiums de todos los tiempos.

Cuando más tarde, la Iglesia católica la canonizó, los argumentos fueron basados, entre otras cosas, en las apariciones que tenía de Santa Catalina y Santa Margarita, a quienes veneraba desde niña en la Iglesia de Domremy.

Estudiosos de la Sorbona concluyeron que incluso la existencia de esas santas era dudosa y mítica.

Sabemos que el mundo espiritual se halla poblado de cantidad innumerable de seres que ocupan todos los peldaños de la escala evolutiva, y cuanto más superior sea esta, la personalidad, desembarazada de egoísmo, personalismo y vanidad, ya no desea ser individualizada. No tiene importancia quien haya podido ser y se manifiesta con cualquier nombre que inspire o cree confianza, que generalmente es simbólico. La grandeza moral consiste en hacer bien por el bien mismo, sin reintegro. Los espíritus superiores prefieren actuar en el anonimato.

Retrato de Juana de Arco

No se posee ningún retrato auténtico de la joven. El semblante más parecido parece ser el del escultor Barrias en el monumento de Bon-Secours, en Ruan. Tal cosa, aseveran al menos, varias videntes a quienes ella se presentó.

Los artistas tienen, a veces, intuiciones seguras, perciben fulgores de la verdad, y desde este punto de vista son médiums.

En excavaciones efectuadas en Orleáns para la apertura de la calle Juana de Arco, se encontró una antigua estatuilla que representa a una mujer con casco, cuyo fino perfil se asemeja a los rasgos de la estatua de Barrias.

De los documentos históricos y cartas de la época se sintetiza: hermosa y bien formada, robusta e infatigable, cabellos negros y cortos a manera de escudilla, formando en su cabeza como una caperuza; rostro con rasgos regulares, cuerpo de líneas llenas y regulares, gesto sonriente pero pronta a las lágrimas; gran prestancia cuando estaba armada enteramente de blanco, salvo la cabeza, con una hachuela en la mano, el estandarte desplegado, y cabalgando un corcel negro.

Dulzura y modestia, emanaba de ella serenidad, una radiación que alcanzaba a los que se le acercaban

En la batalla y en los momentos difíciles mantenía es imponente calma que es patrimonio de las almas evolucionadas. Era circunspecta y hablaba poco, pero al hacerlo conmovía y asombraba por sus expresiones que siempre eran adecuadas, mesuradas y prudentes.

Como todas las grandes almas, creía en sí misma, en su alta misión y con las radiaciones de su ser sabía comunicar a los demás la fe que la animaba.

Sus conocimientos militares causaron sorpresa. No se podía explicar que esa niña reuniera aptitudes guerreras y conocimientos técnicos que sólo son capaces de proporcionar la experiencia y una larga práctica en el oficio de las armas.

Juicio histórico

A través de los siglos, las opiniones en cuanto a Juana de Arco fueron diversas. Tiene admiradores y detractores. Algunos, como Anatole France, la denigraron; otros, cegados por el odio político, la desacreditaron; los materialistas y ateos no podían aceptar el carácter espiritualista de su misión; el pueblo francés la convirtió en heroína, imagen del sentimiento de patria; los demócratas la apreciaron.

Del lado católico, el movimiento de opinión a favor de Juana ha seguido una marcha regular y continua. La presión representada por un pueblo que la amaba, consiguió su canonización en 1.920.

En comunicación mediúmnica, ella misma manifestó: "Sufro viendo como los franceses se disputan mi alma"

En el extranjero, aún en palabras de escritores ingleses fue apreciada y glorificada.

León Denis finaliza su obra sobre Juana de Arco manifestando que la escribió con el amor que ella le inspiró, dignándose comunicarse mediúmicamente con él, como a un servidor consagrado de la causa que ella protege aún hoy; y que le ha dejado esta enseñanza de esperanza:

"En sus horas de crisis y de pruebas, la humanidad no está abandonada a sí mismo; antes, por el contrario, para sostenerla y guiarla en su camino acuden de lo Alto, socorros, fuerzas e inspiraciones. Cuando triunfa el mal y la adversidad se encarniza con el pueblo, Dios interviene por medio de sus enviados. La vida de Juana es una de las manifestaciones más brillantes de la Providencia en la historia".